

**FUNDAMENTAL ONTOLOGIC-ANTHROPOLOGICAL
FEATURES OF THE ENCOUNTER OF THE "OLD WORLD"
AND THE "NEW" AS A PERSPECTIVE AND TASK OF THE
WORLD EVOLUTION IN RELATION TO JAPAN.**

by Prof. Dr. Heinrich Beck

Europe burst through culturally into history by itself and expanded towards America. America is, in a certain sense, a great Europe. The ontologic sense of this event resides in the ulterior development and transformation of the old european culture under the challenge of the american conditions of life. This can rebound fruitfully and enrich Europe humanly speaking. This cyclic movement parting from itself to encounter the other, and back again to itself after having undergone a transformation, and becoming enriched, (departure, and arrival) determines the fundamental structure of evolution.

A basic condition of evolutive encounters consists in that opposite expressions of the same essential human structure, from which one incarnates that which the other lacks, manage to enter into contact. The cultural— anthropological opposition between East and West constitutes a creative tension essential to humanity. The european west tends towards the differentiation and even the rupture of the unity of the being, and has opened roads to an analitic science tending to make reality objective, and also an abstract habitus of dominion of modern technique that seriously threatens the future of humanity and life itself. In the cultural tradition of eastern Asia, however, there 's a tendency towards a non— objective and intuitive knowledge, that accentuates and even makes absolute the unity of the being in all the diversity of its manifestations.

One of the characteristics of the New World, especially in Latin America, that the European culture there exported must adapt to, is the existence of elements of Asiatic culture (and African, with which it finds itself in a certain way related to). These cultures are represented by the ethnological components of color, that constitute, though in a discontinued manner, a high percentage of the population. The human problems inherent to the European culture, acquire in the field of forces present in Latin America, their greatest gravity and at the same time an exemplary impulse to overcome in an integrated humanity more completely.

In viewing Latin America, as Europe's new world, we can speak of Japan as being the new world of Asia. In both, the relationship of the cultural elements of both worlds is reciprocal.

TRASGOS ONTOLOGICO-ANTROPOLOGICOS FUNDAMENTALES DEL ENCUENTRO DEL "VIEJO MUNDO" DE EUROPA Y DEL "NUEVO MUNDO" DE AMERICA-LATINA COMO PERSPECTIVA Y TAREA DE LA EVOLUCION MUNDIAL CON UNA REFERENCIA A JAPON.

Prof. Dr. Heinrich Beck

Esta ponencia ha sido pensada como una contribución a la temática "La Evolución, el Hombre y lo Humano". Con ella se entiende la evolución de la vida hacia el hombre y del hombre hacia una forma más alta de humanidad. Damos aquí por supuesto que el desarrollo de las potencialidades, si bien es un proceso determinado por una meta, no es de ningún modo un proceso necesario e irreversible; éste depende más bien de circunstancias externas y sobre todo —por lo menos en lo que se refiere al desarrollo hacia lo Humano— de la libre decisión de asumir la propia responsabilidad. Dicha decisión requiere, sin embargo, planteamientos teóricos que permitan definir la meta hacia la cual debe dirigirse el desarrollo. Esta ponencia quiere contribuir a dilucidar este problema.

I

La meta del desarrollo: "lo Humano" significa la plena realización de todo aquello que se halla comprendido en la estructura esencial del hombre como forma de vida. Un análisis antropológico de esta estructura atiende sobre todo a los aspectos de sentido de la individualidad y de la sociabilidad, por medio de los cuales el hombre, como unidad cuerpo-espíritu, se relaciona a sí mismo y a los

demás: el hombre alcanza su identidad individual sólo en la medida en que se abre al otro y lo acepta como un congénere. La realización humana de la vida constituye pues, por su estructura antropológica fundamental, un movimiento circular: la vida irrumpe a partir de sí misma y se relaciona con otras para volver enriquecida a sí misma luego del encuentro; en ambos pasos —“egreso” y “retorno”—, la dinámica de la vida se expresa como un ritmo circular (o quizá es más adecuada la imagen de una espiral progresiva) en el carácter de “acto” de su ser. Aquí se manifiesta en la forma más profunda el sentido de encuentro y de movimiento del “ser en cuanto tal”, el cual halla su interpretación última en la representación trinitaria de Dios en la Religión o en las visiones dialéctico-polares del fundamento del ser en la Filosofía. Con respecto a nuestro tema, puede decirse lo siguiente: el ser viviente se halla originariamente dispuesto a irrumpir a partir de sí mismo y a comunicarse con los otros —y, de este modo, a asumir en sí mismo lo otro y los otros a fin de realizarse él mismo plenamente; el ser viviente —en forma personal: el hombre— es un ser dador y receptor; la vida y la vida personal significan un intercambio intersubjetivo. Todo ello puede aplicarse también, por medio de una analogía, a unidades vitales más amplias, a grupos, pueblos y culturas.

Nuestra *1a. Tesis* es pues la siguiente: el ser de la humanidad en su conjunto y la coexistencia de pueblos y culturas, en especial el así llamado “Viejo Mundo” de Europa y el “Nuevo Mundo” de América Latina, es un acontecimiento vital como el mencionado, tanto desde el punto de vista de su génesis como de su estructura. En otras palabras: la cultura de Europa irrumpió hace siglos a partir de sí misma y entró en relación con América, de modo que ésta se convirtió para aquella en el “Nuevo Mundo”. En este proceso, la Europa mayormente evangélica y anglosajona se expandió hacia la parte más grande de América del Norte, mientras que la Europa mayormente católica y románica (o latina) hacia Méjico y Sudamérica; se habla por eso de una “dilatación” de la cultura europea hacia América. El sentido vital inmanente de este acontecimiento sería el siguiente: la vieja cultura europea se enfrenta a las condiciones naturales de América, se transforma en la confrontación con estas condiciones y, así enriquecida y renovada, ejerce luego una influencia sobre el Viejo Mundo de Europa. Y este significa un movimiento circular: egreso y retorno.

No obstante, las motivaciones conscientes de la expansión europea no fueron entonces, al parecer, el darse o comunicarse; más bien se orientaron hacia la posesión y la conquista. Pero esto no modifica en absoluto el hecho de que la cultura europea fue transportada incluyendo también sus valores positivos y de que la vida colectiva en su conjunto siempre va más allá de los propósitos conscientes de sus actores o intermediarios. En forma correspondiente, es preciso reconocer que, hasta hoy, una transformación cualitativa hacia arriba de la cultura europea allí existente y una influencia retroactiva positiva en Europa, si es que ha tenido lugar, sólo ha sido en forma muy limitada. Pero de todas formas: la tendencia al dominio técnico y al sometimiento de la realidad, nacida del espíritu europeo y característica de él, ha conducido, bajo el desafío de las condiciones humanas americanas, a una crisis existencial profunda muy diferente de la europea. Se puede por eso sospechar que debe iniciarse, en forma evolutiva, el nacimiento de una humanidad nueva y más humana, que pueda repercutir y enriquecer humanamente a una Europa anquilosada y fijada a sus viejas formas.

Ahora bien, "evolución" no significa aquí un proceso anónimo, regido por una ley natural, que pudiera tener lugar aún prescindiendo o incluso en contra del compromiso lúcido y responsable del hombre; el paso necesario para la evolución podría también fracasar en la crisis: por así decir, la madre podría morir en el momento del parto. Preguntémosnos por eso más concretamente cuáles son las condiciones de su realización, es decir, cuáles son las disposiciones antropológico-culturales de los interlocutores continentales que aquí se encuentran.

II

Un encuentro, en el sentido de una complementación y un enriquecimiento mutuos, sólo es posible en la medida en que entran en contacto dos expresiones opuestas del ser común del hombre, una de las cuales encarna precisamente aquello que la otra necesita. Hombre y mujer, vejez y juventud, pero también algunas culturas —en razón de su disposición antropológica básica—constituyen así oposiciones complementarias, que pueden desarrollar e impulsar su

propia humanidad mediante la interacción correspondiente del dar y el recibir.

Para ello, parecen ser ontológicamente fundamentales dos disposiciones, relacionadas entre sí bajo la forma de una polaridad: el "habitus" de movimiento excéntrico del salir-de-sí y el "habitus" concéntrico del entrar-en-sí. El primero se orienta hacia la diferenciación y la descomposición de una unidad vital originaria en una multiplicidad de unidades parciales y relaciones externas diversas; el segundo pretende retomar esta diversidad y re-integrarla en una unidad comprensiva, que así se completa y perfecciona en su bondad. El primero parte de la unidad y se dirige hacia la diversidad y la multiplicidad, el segundo lleva esta última de retorno a la unidad. Sería interesante preguntarse, por ejemplo, cómo se presentan los sexos, las generaciones y los distintos pueblos y culturas bajo estos aspectos ontológicos: cómo acentúan de manera distinta estos aspectos, sirviendo de mediación a la evolución de la vida de la humanidad.

Nuestra 2a. Tesis es pues la siguiente: el movimiento "salir de sí" o "de la unidad a la multiplicidad" es acentuada por la cultura occidental y europea; el movimiento de dirección opuesta por la cultura asiática u oriental. El Occidente tiende por ejemplo en su historia cultural a una comprensión dualística del ser material y espiritual así como del conocimiento empírico y racional, y a un pluralismo inconexo tanto en el campo científico como el campo social y político. Fácilmente surge luego la tendencia a reducir uno de los polos de la oposición al otro o a someter el uno al otro —a someter la realidad sensible y experimentable bajo el dominio de la ratio y de la técnica, que actúa ya en modo autónomo. Ello ha desatado precisamente la crisis existencial de nuestra cultura y ha planteado el actual desafío a la evolución de la humanidad.

El Oriente, en cambio, ha tendido hacia el monismo en toda su historia cultural. En la tradición de la filosofía del lejano Oriente aparecen por eso Materia y Espíritu sólo como aspectos diversos de un único y mismo ser; ni lo finito se distingue en forma tan radical frente a lo infinito y lo divino, ni el sujeto humano tan expresamente frente a la naturaleza; en fin, el yo individual y los grupos parciales de la sociedad y la economía no exigen tan desconsideradamente el primado frente al todo comprensivo de la sociedad. En lugar de la conceptualización que capta de modo objetivante la realidad

empírica, la tradición oriental cultiva la meditación, es decir, aquella forma más intuitiva del conocimiento que reposa de modo no objetivizante sobre la unidad del Ser.

Ahora bien, el "Oriente" o el "Occidente" no pueden ser claramente delimitados en la realidad, ni del punto de vista geográfico ni del de la Historia de la Cultura; es preciso más bien constatar interferencias mutuas y transiciones ininterrumpidas. Se trata sobre todo de acentos en la constitución ontológica del ente, acentos que se hallan siempre más o menos acuñados en cada caso particular y que forman un principio heurístico y una base de comprensión para la investigación empírica.

Bajo este presupuesto, el tipo de hombre "occidental" y "oriental" aparecen como expresiones polarizadas y contrapuestas de una estructura humana básica común, predispuestas hacia una complementación mutua. El éxito de un encuentro y un enriquecimiento sustanciales podría significar un paso importante en la evolución del hombre hacia lo Humano.

III

Con ello se relaciona nuestra *3a. Tesis*: el "Nuevo Mundo" de América y, en particular, de América Latina es en la actualidad un escenario ejemplar y un campo de ejercicios del encuentro entre los "Viejos Mundos" de Occidente y Oriente, y tiene por eso una tarea propulsora y mediadora con respecto a éstos últimos y con respecto a la evolución del mundo hacia lo Humano.

Como lo muestra el sociólogo y actual presidente ecuatoriano Hurtado en su libro "Dos mundos superpuestos", la sociedad y la cultura latinoamericanas se constituyen a partir de dos estratos. El estrato superior de los propietarios y grupos dominantes está formado por los descendientes de los conquistadores e inmigrantes europeos. Estos han prolongado, en parte hasta formas grotescas, la mentalidad tradicional, específicamente europea, de conquista y de sometimiento de la realidad empírica por medio de una racionalidad abstracta y técnicamente planificadora. La visión y la tarea de un desarrollo económico y cultural del país son entendidas aquí unilateralmente en el sentido de una factibilidad técnica.

Pero al estrato social subordinado de los pobres y explotados

pertenecen también sustancialmente los grupos poblacionales de color, los indios y los negros. Los primeros constituyen un tipo humano emparentado al mongólico; se considera que son los descendientes de una migración proveniente de Asia a través del estrecho de Behring y desplazada del Norte al Sur de América (así como de una invasión posterior desde Malasia a través del Gran Océano). Los componentes negros de la población, descendientes de los antiguos esclavos, representan elementos culturales africanos que tienen, en varios sentidos, parentesco y similitud con elementos asiáticos —al menos en lo que respecta a la visión totalizante-inmediata de la vida, que acentúa la comunidad y unidad de todos los hombres y todos los entes; una diferencia entre ellos podría ser quizá que la unidad y la compenetración del ser es vivida por los asiáticos mayormente en la tranquilidad y serenidad (por ej. por medio de la meditación), y por los negros más bien en el dinamismo del movimiento vital (por ej. por medio del baile). La relación con la realidad del asiático y del africano no se caracteriza, como la del europeo, por una racionalidad que planifica en modo abstracto y crea distancias en modo objetivizante, sino por un tipo de experiencia vital totalizante y concreta, más intuitiva e inmediata, que no muestra quizá tanto los rasgos masculinos sino que acentúa cualidades y perfecciones maternales y femeninas (aún cuando estas diferencias “ideal típicas” puedan mezclarse y entrelazarse en cada individuo concreto, de modo que un industrial destacado, por ej., bien puede mostrar elementos de una espiritualidad mágico-mítica en su tendencia a participar en rituales ocultos, mientras un miembro del estrato más bajo puede poseer un carácter sobrio y objetivo).

Detrás de la contradicción social entre rico y pobre y de la contradicción etnológica entre hombre blanco y de color se halla pues en última instancia una contradicción antropológico-psicológica: en la estructura anímica del hombre esperan ser integrados un estrato mental superior de conciencia analítico-discursiva y volitiva, y un fundamento endotímico del alma, correspondiente a una experiencia vital plástica y simbólica. El éxito del encuentro en el sentido de una integración significaría el nacimiento de una humanidad integrada y el paso evolutivo hacia una forma más comprensiva y plena de humanidad, en la que se superen la unilateralidad y la insuficiencia de los dos ambiguos mundos —es decir, significaría un

“Nuevo Mundo”, pero esta vez también en un sentido antropológico profundo.

Es preciso añadir, sin embargo, que la composición social, etnológica y antropológico-psicológica del hombre americano y latinoamericano varía según las diferentes regiones y países del continente. Mientras en Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, por ej., la cantidad de indios y de mestizos predomina sobre la de blancos, y mientras que en Brasil los negros y los mulatos constituyen un alto porcentaje de la población, Argentina y Chile son ya casi exclusivamente países blancos; éstos son, por así decir, la vieja Europa, expandida ya con nuevas dimensiones y situada bajo el desafío de nuevas exigencias. Sin embargo, la tarea de cada país en el desarrollo de la cultura y la humanidad no debería verse en forma aislada, sino de acuerdo al lugar que cada uno ocupa en la estructura del todo y a la interrelación entre ellos. El concepto del hombre “americano” y “latinoamericano” no puede ser nunca —para decirlo en el lenguaje de una tradición filosófica— un concepto “unívoco-unisignificante”, sino debe ser siempre sólo un concepto “análogo” de una riqueza variable y diferenciada de significados, aún cuando entre los diferentes países pueda predominar la “desemejanza en la semejanza” o bien la “semejanza en la desemejanza”; la complementación y la ayuda mutuas, a partir de la historia cultural común y de la diferente situación geográfica, constituye así una condición esencial del marco de comprensión de este concepto. Esto es decisivo para la autodeterminación de América Latina, en el camino hacia su propia identidad.

Ella podrá obtenerse en la medida en que el continente se emancipe de una actitud unilateral de espera y de recepción y, por lo tanto, de una forma inapropiada de dependencia de Europa —a partir de la conciencia de una tarea específica en el mundo, es decir, a partir de los valores de una nueva humanidad integrada, que habrá de darse y desarrollarse en cooperación con Europa y con el mundo entero. De allí puede surgir una espiritualidad y convicción de libertad interior en medio de la pobreza exterior, convicción que constituye la respuesta legítima y necesaria no sólo a la miseria material de amplias capas de la población del Nuevo Mundo latinoamericano, sino también a la amenazadora miseria de desorientación espiritual del Viejo Mundo europeo

Al final resulta un aspecto comparativo con el Oriente Extremo, particularmente con Japón, con su disposición antropológico-cultural en el mundo de hoy y su tarea y posibilidad en la evolución ulterior de la humanidad, que implica una *4a. y última tesis*.

Como se ha hecho manifiesto, en América, en América Latina se enfrentan la cultura occidental-europea y la cultura oriental-asiática (antigua) de tal manera que la primera aparece como la dominadora y la segunda como la dominada, es decir la segunda vive, en gran parte, en un estado reprimido y reducido.

En el Oriente Extremo, también se enfrentan ambas culturas pero en una proporción precisamente recíproca. Allí, la caracterizada disposición antropológico-cultural del hombre oriental, permanece como el centro fuerte de la vida, por lo menos en el fondo. Esa disposición oriental, ha hecho de la racionalidad y técnica occidental su servidora y la ha integrado de tal manera que aún se puede perfeccionar en sí misma por ella en su plenitud y potencia. Para decirlo quizá un poco exageradamente, de manera occidental: allá, la cultura occidental sirve solamente como un instrumento para la cultura oriental a su desarrollo y perfeccionamiento ulterior en su significado y lugar en el mundo. Por la recepción de la cultura occidental, el Oriente Extremo más bien ha crecido en su identidad e insistencia oriental.

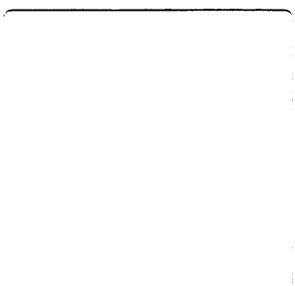
Esto, como es claro, vale solamente respecto de la tendencia fundamental y substancial, y no hay que desatender desarrollos discrepantes y peligrosos. Nuestra intención es sólo atender a los acentos fundamentales del encuentro cultural, que pueden ser expresados en lo concreto de diferente manera y claridad.

Según esto, allí donde la cultura occidental se presenta como dominadora, la relación con la otra cultura es europea: objectizante, y de manera abstracto-técnica. Pero allá donde la cultura oriental se presenta como la más substancial y potente esta relación es asiática: envolvente e integrante.

Hay que mencionar que ambas culturas y ambas relaciones, desde su disposición ontológico-antropológica originaria, importan algo fundamental positivo, lo que puede empero conducir, si pierde su sentido original a destrucciones y perversiones de la humanidad, bien conocidas en la historia. Pero cada amenaza debe ser entendida como una provocación a un desarrollo ulterior de la humanidad.

Y así, en nuestro tiempo, se enfrentan América Latina y Japón

como el Nuevo Mundo de Europa y el Nuevo Mundo de Asia y resulta la tarea y chance de un encuentro de las culturas opuestas afinadas, como un nuevo paso de la evolución de la humanidad del mundo.¹



¹ Esta ponencia se inspira en una concepción filosófica de la realidad y de la coordinación entre los pueblos que ha sido desarrollada por el autor en los siguientes trabajos: 1. Der Akt-Charakter des Seins. Eine spekulative Weiterführung der Seinslehre Thomas von Aquine aus einer Anregung durch das dialektische Prinzip Hegels. München 1965, (*versión española* bajo el título: El ser como acto. Pamplona 1968); e. Kulturphilosophie der Technid. Perspektiven zu Technik - Menschheit - Zukunft. Trier 1979; 3. Polaridad ontológica entre las culturas de Oriente y Occidente: desafío a una paz creadora del mundo en: Oriente-Occidente, Revista de ILICOO, Ed. Univ. del Salvador IV (1983) 35-44 (Buenos Aires); 4. Zur Ontologie des Friedens. En: E. Nordhofen, A. Höfler (Ed.), Homo sapienter educandus (Festschr.f.M.Elzer), Frankfurt/M. Bern 1982, pp. 96-107.